

STORIA

SECUCIONES

LA IGLESIA CATÓLICA

HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL GALVARIO,
PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Hdefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 11.

L47
1864

473

20582
May 1847

poso y en la seguridad debidas á la influencia y al
 ta mas libre, porque la sujecion aumentaba el ór-
 mas suave que el mareo de la ilegislada anar-

oria de Augusto; sus temporales ausencias le su-
 go, el Emperador salia de vez en cuando del sa-
 el denso bosque de laureles que circuia el basa-

caer á sus piés águilas y cautivos; los armenios

9473 L47-1864



recibieron sumisos de sus manos un rey; los escitas, sármatos, chinos é indios le enviaron embajadores á Samos. Quizá desde Salomon el Oriente no presenció tanta majestad y tanta gloria irradiar de la frente de un poderoso. Aquel venturoso hecho valióle el ser saludado el dia de su entrada triunfal en Roma con el título del *segundo Júpiter*.

Los rayos de su espada empujaron á cuantos pueblos intentaban erguirse contra el águila endiosada del Capitolio. Los dioses de la Galia son llevados al Olimpo, donde bajo la pesadumbre del cautiverio reciben los homenajes del culto. Las fronteras del imperio quedan garantidas; Agripa habia afianzado mas allá de los Pirineos la dependencia cantábrica, Drusus mas allá de los Alpes tenia dominado el país Rinhniano. Las flotas romanas paseaban

el señorío imperial por el océano del Norte. El siglo se reza; el mundo estaba atónito bajo el brazo del coloso.

Al colmo del poder político, civil y militar agregó el premo, la plenitud de la autoridad religiosa. Roma, que dominaba, reorganizó el calendario romano en *sextilis*. Aumentó los privilegios de los sacerdotes, y el grado de esplendor en armonía con la pujanza de la república.

En este particular César dió expansion á su poder, dice Ovidio, con obligar á los hombres, obligó á

Nec satis est homines

Marte, Apolo, Júpiter tonante, la Fortuna de Roma imperial dignísimos templos. Agripa elevó el panteón de Augusto; gusto quiso que se erigiera su estatua á la puerta de a la tinela perenne á las divinidades allí congregadas. Mas de ciento erigidos unos, restaurados otros por orden suya le valieron de Tito *templorum omnium conditor atque restitutor*.

El cuerpo sacerdotal reformado y amplificado le profesa gratitud y respeto, y coopera á abrillantar la auréola de la semidivinidad que la imaginacion popular admira sobre su frente.

En medio de tanto poderío supo conservar el tacto necesario para atraerse las simpatías del pueblo republicano. Nada de esplendor en el tratamiento privado de su persona; nada de intransigencia con los disidentes del sistema político que representaba. Horacio celebraba á sus oídos «la noble muerte y el fiero valor de Catón.» Virgilio colocaba á Catón en los Campos Eliseos á la cabeza de los justos; Tito Livio se atrevia á ensalzar la feliz libertad de la antigua Roma. Hubo quien se atrevió á exclamar: «Á mí no me faltará ni el valor ni la resolucion para matar al César.» Augusto no se atrevió á castigar al insolente sino imponiéndole una multa ligera. Tiberio le escribió un día: «¡Cómo no pones trabas á los que tanto mal dicen de nosotros!» Augusto le contestó: «No te irrites con lo que nos dicen de mal, contentémonos con que no nos lo hagan.»

Augusto reveló en la administracion de la justicia cierto espíritu de rectitud. De ello es ejemplo su decreto condenando á ser sumergidos en el lago algunos compañeros de su nieto Cajo, autores de insolentes rapiñas en Asia.

A pesar de las quejas de algunos descontentos, la popularidad imperial no decrecia. Cada año los dos órdenes arrojaban solemnemente una moneda en el lago Curcio, como expresion del voto que hacia Roma para la conservacion de Augusto. Todas las provincias establecieron juegos en su honor, y en muchas regiones le fueron erigidos altares y templos. Lucio y Cajo, sus hijos, fueron declarados *principes de la juventud*, y á él concedió el Senado el título de *padre de la patria*.

Gloria bastante reunia su nombre para hacerle olvidar la mortalidad de su sér en una época y en un país en donde el poder encontraba fácil divinizacion; pero Augusto llevaba en su temperamento un certificado de su fragilidad. Miedoso ante las tempestades, el *dios viviente* se horripilaba vergonzosamente al estampido del trueno. Supersticioso á la sumo, atribuia significacion hasta á la forma que habia tomado su túnica y su manto en la cabecera de su cama. Carecia de fe en las grandes verdades; tenia fanatismo para ciertos hechizos y augurios.

Por otra parte habia de reconocer que una mano superior le arrebatava sus mejores amigos y auxiliares. Agripa, que tantos lauros le proporcionara, estaba en el sepulcro; Drusus no existia para él; Mecenas, el genio político de su casa, habia sucumbido.

El fallecimiento de este amargó el corazón del soberano, pues perdió con él nada menos

que al autor de todo el programa político del imperio; él le había dicho: «Proclamad la unidad del mundo, otorgad el derecho de ciudadanía á todos los hombres libres; conferid el orden ecuestre á los senadores y á los notables de todas las provincias; borrad las diferencias de leyes, usos y gobiernos locales; constituíd una sola monarquía con la fusion de las pequeñas repúblicas; estableced la unidad de pesos, medidas y monedas, y un solo impuesto igual y aplicable á todos.»

Sin embargo, el gran político y los egregios caudillos no murieron sin haber legado al soberano los recursos de su glorificación terrena.

En el punto culminante del poderío de Augusto nació JESUCRISTO.

Ningun rey ha obtenido ni obtendrá la gloria que el Mesías le otorgó sujetándose á ser vasallo de su imperio. Nació en Belen para cumplimentar una orden suya. Las sumisiones de reyes y pueblos que alcanzó con el prestigio de su nombre y la influencia de su soberanía quedan ofuscadas por estas líneas, escritas de orden divino por el evangelista san Lucas: «Por aquellos dias se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento hecho por Cirino, que despues fue gobernador de la Siria. Y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí le llegó la hora del parto y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el meson (1).»

Hemos terminado aquí nuestra tarea respecto al imperio de Augusto. Incumbíanos trazar el círculo de su acción por las consideraciones espuestas. Sentadas la fuerza, la virilidad, la grandeza de Roma en aquellos dias, de las cuales da incontrovertible testimonio el esplendor del cetro de su soberano, solo tiene un interés secundario lo relativo á su persona y aun á su dinastía.

No fueron en verdad prósperos los sucesos personales de la casa de Augusto.

No solo careció de sucesión directa, sino que cuantos fueron objeto de su predilección para transmitirles el imperio en herencia murieron prematuramente. Marcelo, hijo de Octavia, su hermana, descendió al sepulcro en la lozanía de la mocedad. Virgilio lloró su pérdida. Agripa, desposado con Julia, viuda de Marcelo, dió á la casa imperial á Cajo, Lucio y Agripa Posthumus, niños demasiado presto huérfanos de padre para ver asegurado en sus manos el cetro romano. Augusto dió la mano de su hija dos veces viuda á Tiberio, hijo de Livia, su segunda mujer. Tiberio se había distinguido lo suficiente para creerse con título á aspiraciones supremas. Su enlace con Julia fue una amenaza á los nietos del Emperador. Empezaron los manejos palaciegos, las grandes tempestades de corte. El desenfreno de la conciencia inherente á todas las situaciones paganas facilitó la desaparición de Cajo y Lucio. Solo quedaba Agripa Posthumus, imbécil y protervo, á cuya incapacidad notoria unía una brutal estupidez. Augusto hubo de fijarse definitivamente en Tiberio, cuya estrella se había oscurecido hasta desaparecer en el ostracismo.

El divinizado Emperador vió sus últimos años amargados por estas contrariedades de sucesión, y sobre todo por las públicas inmoralidades de Julia, su hija, esposa de Tiberio. La indignación de Augusto es indescriptible. El Senado escuchó los lamentos de un padre que reclamaba todo el rigor de las leyes sobre su hija, tanto mas culpable, cuanto mas distinguida por la posición y por la fortuna. Destierro y muerte fulmináronse contra los cómplices, y Julia fue arrojada á la isla Pandataria, privada de todo trato humano, excluida de la tumba augustal.

Creíase afrentado el ilustre *prefecto de las costumbres* con la depravación de las de su hija, hasta el punto de no atreverse á aparecer por algun tiempo en público. «¡Ojalá fuese yo pa-

(1) San Lucas, II.

dre de Phebe!» exclamó al saber que una liberta de su hija comprometida con otras en los desórdenes de su señora se había colgado en su desesperación. Por otra parte, Cinna había logrado condensar una conspiración republicana, descubierta por algunos coaligados, mientras chispazos de insurrección revelaban en el exterior propósitos de sacudir el imperial yugo. La derrota de las tres legiones mandadas por *Quintilius Varus* en la Germania advirtieron á Augusto que la gloria de su espada era eclipsable.

Sintiéndose decrepito asoció á Tiberio al ejercicio de su autoridad, y partió para Benevento: en el trayecto la nave imperial encontró un buque alejandrino, cuya tripulación ofreció á Augusto incienso y rendimiento, dirigiéndole en entusiasta clamoreo estas expresiones: «Por tí vivimos, señor, por tí navegamos, á tí debemos la libertad y la fortuna.» Aquella fue como la aparición de la gloria mundana para despedirse de su mimado héroe. El buque alejandrino navegó venturoso; mas la vida de Augusto iba al naufragio. En Benevento se sintió desfallecer, y vecino á la muerte dijo á sus cortesanos: «Confesadlo; en el teatro de la vida he desempeñado á maravilla mi papel; *plaudite, cives!*»

Augusto hizo grabar en algunas columnas el resumen de sus hazañas; siendo aquel el monumento mas insigne del orgullo y del endiosamiento humano. Basta consignar para prueba una sola frase de aquel inmodesto elogio: «En el Senado fue erigido un escudo de oro sobre una inscripcion, dictada por el Senado y por el pueblo para atestiguar *mi virtud, mi sabiduría, mi prudencia y mi piedad...*»

Augusto reasumia la situación del mundo, que debía ser conquistado por la fuerza moral, ó por el espíritu del apostolado. No era la sociedad un cadáver, pues entrañaba elementos de vida que, despertados y organizados por el Cristianismo, produjeron luego una civilización nueva, un nuevo orden de cosas rico en virtudes. Grecia y Egipto, el África y las islas subordinadas por el águila imperial iban á responder al llamamiento de la emancipación de las conciencias, y á abrir sus ojos, obcecados por la idolatría, á los resplandores de la fe divina.

VI.

El imperio de Tiberio y la constitución del apostolado.

Mientras en el modesto tugurio de Nazaret entraba en la juventud el descendiente de David, cuyo era el imperio del mundo, santificando el trabajo con el sudor de su rostro, y edificando al pueblo con el ejemplo de su piedad rara, aunque divina, entronizábase en Roma, sobre el sepulcro de Augusto, Tiberio, que veía coronadas sus fatigas con el conjunto de poderes, que constituía la mas alta soberanía terrenal. Tiberio había saboreado la gloria y la contradicción, la pujanza y la desgracia. Vitoreado en los campos de batalla, desterrado en Rodas, poseía un temple de alma capaz de resistir las vicisitudes de la fortuna. Al aclamarlo gerente del imperio, Senado y pueblo, recibieron la noticia de que el heredero directo de la suprema autoridad, Agripa Posthumus, acababa de ser asesinado en la isla á que su padre le desterrara.

Corramos un velo sobre aquel crimen imputado por la opinión pública á Tiberio, y que este atribuye á una disposición de Augusto. La conciencia humana se siente igualmente indignada si es Augusto que desciende al sepulcro sellando su vida con el asesinato de un hijo, ó si es Tiberio que asciende al trono inaugurando su gobierno con un infanticidio.

Sin detenernos á describir los episodios políticos y militares que formaron el período inaugural del nuevo Emperador, describiremos rápidamente su carácter.

Tiberio demostró en su vida pública cierta ruda franqueza y hasta reveló un espíritu de

rectitud natural en la administracion de la justicia (1). Menos diplomático que su antecesor, guardó quizá mas cordial respeto al resto de las instituciones romanas. El Senado le debió el decreto que prohibia á los senadores tomar parte en los juegos públicos, y el honor de las nobles matronas la ley que les prohibia alistarse en los colegios de prostitucion para eludir las penas contra el adulterio fulminadas.

El voto del Senado fue rodeado de mayor consideracion. El nombramiento de magistrados le fue atribuido; César le confió la eleccion directa de los cónsules, mediante su propuesta. La asamblea llegó á resolver asuntos de alto interés hasta «contra la opinion del Príncipe,» dice Suetonio. Es que el Príncipe se gloriaba de repetir que «un buen soberano es siempre el servidor del Senado.»

Nada reveló en la primera época de su imperio la crueldad y apasionamiento que clasificaron su final.

Algunas medidas altamente humanitarias probaban en él un corazon pródigo y sensible á las desgracias de su pueblo. Una de sus tareas predilectas era poner al abrigo de vientos y tempestades la subsistencia del vulgo. Llegó á acordar una indemnizacion á los almacenistas de trigo para rebajar el precio del pan. Prefirió dedicar cuantiosos recursos á este noble objeto, que sostener la holgura de los gladiadores y comediantes. Poco amigo de los grandes juegos, que eran otra plaga terrible de aquella sociedad, les redujo á límites prudentes, habida consideracion de la importancia que les atribuia el pueblo romano.

Las provincias anexionadas encontraron atencion en el gobierno de Tiberio. Por primera vez sus reclamaciones fueron atendidas. Visibles eran las tendencias hácia un gobierno paternal. Mas aquellos laudables intentos, basados sobre el cálculo y no sobre la virtud, viéronse contrariados por el incendio de la envidia, producido por el acrecentamiento de ajena gloria. Germanicus, que Augusto habia hecho adoptar á Tiberio por sucesor, desplegó las grandezas del genio militar en las márgenes del Rhin. La derrota de Varus quedó admirablemente vengada en los campos de Edistavisus; las águilas legionarias prisioneras fueron rescatadas, las cenizas de los muertos en la desastrosa derrota honradas al frente de los soldados vengadores. Germanicus domó con asombrosa facilidad la Germania entera, dotando al imperio con una de sus mas célebres provincias.

Roma llamó á Germanicus para rendirle los homenajes del triunfo. El triunfador venia sostenido por las palmas de sus victorias y por el prestigio de sus virtudes.

El ascendiente de su esposa aumentaba el esplendor moral de su familia. Agripina, ha escrito Mr. Laurentie, era una mujer «célebre, porque casta en aquellos tiempos de molicie é independiente en aquella época de servilismo,» Roma entera salió á su encuentro. La ovacion rayó al delirio.

Tiberio se sintió herido en su amor propio. Su templanza habitual se trasformó en calenturiento frenesí. Para alejar la sombra de su émulo envia á Germanicus á Oriente, pretestando la necesidad de un hombre de talla que organizara allí los numerosos pueblos sometidos. Mas en realidad Tiberio le envió á Oriente para alejar el teatro de su infame venganza. El altivo Pison, que el Emperador agregó á Germanicus en calidad de gobernador de la Siria, libró por el veneno á Tiberio de su poderoso rival.

Cuando la noticia llegó á los romanos un grito unánime de reprobacion salió de todas las clases sociales. Tiberio fue destronado en el corazon del pueblo. Empero al llegar Agripina, acompañando las cenizas de la víctima, el dolor tuvo en Roma violenta explosion. Públicas plegarias se elevaron á los dioses para la conservacion de Agripina, calificada «de verdadera sangre de Augusto, honra de la patria.» «Roma está perdida,» era la exclamacion que se oia como sordo mugido levantarse de en medio de las muchedumbres. Las estatuas de Tiberio eran apedreadas, y en la oscuridad de la noche se oia esta palabra, que al amanecer aparecia escrita en las paredes de los grandes edificios: *Devuélvenos á Germanicus.*

(1) Era tanta la consideracion de que gozaba sobre este punto, que algunos magistrados de África vinieron en cierta ocasion á reclamar contra el César en su propio tribunal.

Pison, el instrumento directo de la venganza de Tiberio, se suicidó al impulso de la desesperacion.

Entonces se inauguró el imperio del terror. Oscurecido por las lisonjas del despreciable Sejan, su ministro confidente, el Emperador dió soltura á su enojo. Incontables victimas eran continuamente sacrificadas al asomo de la menor sospecha, maliciosamente suscitada.

La animadversion popular crecia por momentos. En el Senado existia latente el gérmen de la oposicion, bien que contenia su explosion el temor al poderío de Tiberio y de su ministro. No desconociendo el valor de aquel grande cuerpo, Tiberio se presenta á una de sus sesiones y se esfuerza á atraerse las voluntades por medio de una alocucion, digna de un alma mas sólidamente modesta: «Padres conscriptos, les dice, yo soy un simple mortal, los deberes que cumplo no me dispensan la mortalidad. Mostrándome siempre digno de mis antepasados, asiduo á favor de los intereses patrios, dispuesto para conseguirlo hasta arrostrar el odio, solo intento merecer que me erijais templos y altares en vuestros corazones: Los templos de marmol, si cae sobre ellos la condenacion de la posteridad, son sepulcros. ¡Que los ciudadanos y aliados me obtengan de los dioses durante la vida una alma calmosa, una alma serena para interpretar con acierto las leyes divinas y humanas, y despues de mi muerte, un nombre de dulce recuerdo (1)!»

Este discurso era una reminiscencia de las bondades de su período inaugural. El Senado, que por adulacion miserable habia emitido el propósito de elevar templos al Emperador viviente, no creyó en la probidad de estas palabras. ¿Podia, en efecto, coordinarse la verdad de estos intentos con las crueles ejecuciones de hombres íntegros y gloriosos como los Sentulus, Domitius, Antonius y otros?

Poco tiempo despues de acaecido este episodio, tuvo lugar otro de muy diversa indole, tambien en pleno Senado. Un delator, para perder con mas seguridad á su acusado, y quizá para acusar al mismo tiempo á Tiberio, se permitió repetir literalmente todos los conceptos á este denigrantes proferidos por la víctima presunta ante la sagrada persona. Los crímenes, los vicios, los desórdenes atribuidos á Tiberio fueron detallados con aterradora pintura. En vano los padres de la patria pretenden imponer silencio al orador. Este insiste repitiendo las maldiciones hechas populares, las imprecaciones, los anatemas que los aires repetian. Tiberio se levanta é intenta defenderse. Reclama una informacion especial que le justifique. Apenas el Senado puede calmar la ira de su augusto amo, que no abandonó la sesion sin llevarse la resolucion inapeable de alejarse de Roma, cuya atmósfera le era decididamente adversa.

Salió, pues, de Roma para Caprera, dejando la lugartenencia del imperio á Sejan, su favorito.

Mientras Tiberio abandonaba el palacio de los césares, Jesús salia de la oscuridad de su casa para empezar los prodigios de su pública evangelizacion. Empezaron para el Oriente aquellos tres años, los mas célebres y gloriosos de los anales humanos, santificados por el ejemplo de las virtudes del Hombre-Dios, mientras para Roma empezó el período de la mas cínica tiranía. Allí la curacion de los enfermos, la iluminacion de los ciegos, la resurreccion de los muertos; aquí la obcecacion de los políticos, la persecucion de los hombres honrados, el asesinato de los probos. Allí la constitucion del apostolado del amor y de la paz; aquí la conspiracion organizada de los delatores movidos por el interés y por las pasiones mas viles que este vilísimo móvil.

En el retiro de Caprera, Tiberio, léjos de apaciguar su sed de venganza, la acrecentaba saturando su escitada imaginacion con la hiel de sus recuerdos. En medio de los goces sensualistas de la plácida isla, escribió una carta de acusacion al Senado contra Agripina. El Senado vaciló ante la popularidad de la acusada. Mas las simpatías del pueblo para su víctima designada y las vacilaciones del Senado enfurecieron á Tiberio, que redactó una orden de destierro para Agripina y sus dos hijos.

(1) Tácito, *Ann.*

Sejan triunfó de todos los obstáculos. Á un paso de distancia del imperio proyectó desvanecer la única sombra que le interceptaba la subida al trono. Un asesinato fue convenido. Los pretorianos se inclinaban hácia el que de hecho empuñaba las riendas del Estado, y á quien el pueblo, viéndole favorecido por el éxito, erigia ya altares. Empero la infidelidad de algunos conjurados rasgó el velo que ocultaba al Emperador la traicion proterva de su favorito. Sejan es llamado en el seno del cuerpo senatorial para leerle la carta en que Tiberio va á conferirle los honores supremos del tribunicado. Mas aquella carta, que debia poner el sello á su exaltacion, era nada menos que su proceso definitivo, su inapeable condena. Jamás ilusion alguna ha sido tan momentáneamente desvanecida. La roca Tarpeya no presenció caidas rápidas como la de Sejan. Á medida que adelantaba la lectura de la carta-proceso, se dilataba el vacío de los adictos á la nueva víctima; cuando el vacío fue completo empezó la tempestad de la indignacion. Concluido el proceso se consumó la venganza. Las estatuas recientemente levantadas en honor del desgraciado fueron derribadas con furia.

Al desaparecer de la escena aquel malvado indigno hiciéronse públicos sus sangrientos proyectos. Los complots tramados contra la casa imperial, los envenenamientos premeditados y realizados por aquel perverso, la urdimbre del asesinato que debia poner fin á aquella série de trágicos sucesos, todo fue comunicado á Tiberio por la mujer de Sejan. Entonces Tiberio enloqueció de furor. La delacion fue escuchada y atendida. «Aquello no fue ya un sistema de persecucion, sino la ferocidad del déspota engañado que se venga. Si castiga los cómplices de Sejan, no perdona á los amigos de Agripina, cuya muerte prepara, aunque no puede ordenar, porque fallece esta antes bajo la pesadumbre de los malos tratamientos. Drusus y Neron perecen de hambre. En aquel tiempo el terror reinó de tal manera en los romanos, que unos á otros no se atreven á conversar temerosos de comprometerse. Las sentencias se multiplican, ni un dia pasa sin que tengan lugar varias ejecuciones, no queda familia sin lamentar alguna víctima.... Toda una cárcel es despoblada en un dia, los detenidos en ella son arrastrados, sin prévio proceso, hasta al Tiber, en cuyas ensangrentadas aguas los romanos no se atreven á fijar las miradas por temor de que les escape una muestra de piedad al ver flotando por ellas tantos y tan destrozados cadáveres. El espectáculo de la muerte pasa á ser fiebre, delirio... Un senador se envenena en pleno Senado. Algunas veces los acusados, para poder transmitir á lo menos la fortuna á sus herederos, ensayan darse la muerte con mano insegura; mas sobreviviendo aun, les conducen moribundos al tribunal para que recaiga pronta sentencia, y ejecutados legalmente, obtengan los acusadores y el Estado los bienes, como provenientes de personas incapaces de testar. Un senador, un jurisconsulto, amigo de Tiberio, Coccius-Nerva, que no es ni acusado ni sospechoso, á despecho de los ruegos de Tiberio se deja morir de hambre para evitar semejante espectáculo (1).»

No podia disfrutar de paz el autor de tantos crímenes. «¿Qué os escribiré, decia en una carta remitida al Senado, ó en qué términos podré escribiros? ¿ó debo quizá evitar el escribiros? Si lo sé, dénme los dioses una muerte mas cruel que la que cada dia me mata.»

Convulso, agitado, se siente movido á regresar á Roma; sale de Caprera, vacila por el camino, retrocede, vuelve á avanzar, llega hasta á los extramuros de la ciudad, se decide á llegar, mas la presencia de una serpiente muerta y carcomida en un márgen de la via le impone pavura y regresa á Caprera á buscar en inauditas torpezas el lenitivo de sus crueles remordimientos.

Aquel era el período, lo repetimos, en que se realizaban en un rincon de Oriente los portentosos hechos, fundamento de la religion cristiana, y que la predicacion del Mesías dotaba al mundo de la doctrina que formó luego el código de la civilizacion y de la santidad. En Roma la crápula y la tiranía; en Jerusalem la pureza y el sacrificio.

Jesús constituia el apostolado, que debia ser el núcleo de la Iglesia salvadora de las almas, y hacia como sucesor de su poder en la tierra á un pescador oscuro, modesto, sencillo,

(1) Jules Zeller, *Les empereurs*.

iliterato; Tiberio se ocupaba en Caprera de la eleccion del heredero de su imperio inmundo.

Tiberio Gemellus, su nieto, era muy pequeño para ser designado como á sucesor inmediato del imperio. Fijóse, pues, en Cajus Calígula, el último de los hijos de su víctima Germanicus, con la condicion de adoptar á Gemellus. Tiberio, empero, no creia en la fidelidad de Calígula. Al presentarle cierto dia á Gemellus, le dijo: «Calígula, ahí está tu hijo adoptivo; ¡ah! tú le asesinarás; pero otro te asesinará á tí.»

La naturaleza de Calígula agotada y decrépita por los sufrimientos y los desórdenes, revelaba la proximidad de la muerte. Desvanecido en un festin, los cortesanos creyeron llegado el término de aquella existencia aborrecida. Mas como diera señales de curacion, Macron, el protector de Calígula, quiso apresurar la hora del entronizamiento de su candidato, arrojando un colchon pesado sobre la cabeza del Emperador, que finalizó la série de sus crueldades bajo la cruel mano de uno de sus favoritos.

Tres años habian trascurrido apenas desde que, en nombre de Tiberio, se habia ejecutado el único deicidio que registra la historia. Es el único crimen de aquella especie que se ha perpetrado y que puede perpetrarse.

«Las ignominias de Caprera y las ignominias del Gólgota, ha escrito Mr. Dumont, se encontraron frente á frente. Cuando la naturaleza humana vió llegado el colmo del envilecimiento donde es capaz de descender el vicio; cuando á través de todas las magnificencias el viejo mundo se disolvia en la sangrienta y pútrida depravacion del sensualismo, era hora de que el sacrificio divino de la Cruz revelara en una nueva vida el secreto de la regeneracion individual y social (1).»

Hemos dicho que el período del retiro de Tiberio á Caprera coincidió con la exhibicion pública de JESUCRISTO y con la institucion del apostolado.

Treinta años contaba el Redentor cuando, despues de un ayuno sostenido y de una oracion constante, dió principio al edificio moral, á cuya sombra debian guarecerse todas las virtudes, amenazadas de naufragio, en el creciente diluvio de la concupiscencia y del orgullo.

Las primeras predicaciones y los primeros milagros los habia JESÚS efectuado antes de asociar directamente á su obra cooperadores especiales. Quiso ejercer por algun tiempo por sí solo la soberanía del magisterio y de la autoridad; confundir á la Sinagoga, condenar á los fariseos, trazar el sendero de la santificacion á los publicanos. Quiso sufrir sin asociados la primera persecucion de los judíos, y estender el círculo de su influencia y de sus bendiciones á la Idumea, á Tiro, á Sidon.

Su nombre era conocido de muchos pueblos; atraidos los humildes de Israel y de Samaria, le seguian como á la esperanza de la regeneracion. Entonces determinó compartir la gloria de la evangelizacion del mundo con algunos de sus mas adictos y cordiales discípulos.

La noche que precedió al dia de la eleccion JESÚS la pasó en la cumbre de una montaña en fervorosa plegaria al Padre. Al amanecer nombró los doce distinguidos, cuyos nombres hemos consignado en otro capítulo. La conquista moral del mundo fue la consigna que recibieron los doce. La empresa correspondia en magnitud á la grandeza de la divinidad del consignatario. Luego, inmediatamente de la eleccion, vino el programa. El sermon, llamado de la montaña, es el programa del apostolado. Las nuevas bases señaladas á la bienaventuranza humana echaban sencillamente por tierra el bello ideal concebido hasta entonces por los hombres y por los pueblos anhelosos de ventura. Atraer al mundo por la pobreza, por la mansedumbre, por el amor al sacrificio, este era el plan. Para la filosofia y la política hasta entonces dominantes era simplemente una locura; para el apostolado debia ser la sabiduría.

JESUCRISTO trazó á los elegidos la línea de conducta que debian seguir; les marcó los obstáculos que tendrian que superar.

«Id primero á los hijos de la casa de Israel, que andan extraviados, les dijo; presentaos á la puerta de una casa diciendo: La paz sea aquí... Si no se os acoge allí, si no se os escucha,

(1) *Histoire romaine.*

salid, sacudiendo el polvo de vuestras sandalias en testimonio de haber sido desechados... Sed prudentes como las serpientes, sencillos como las palomas; mas guardaos de los hombres. Sereis entregados á los jueces, que os condenarán á ser azotados en las sinagogas; sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí á las naciones. Sereis blanco del odio de todos á causa de mi nombre. Por lo demás, nada debeis temer; yo os inspiraré palabras con que contestar, el Espíritu de mi Padre hablará en vosotros. Lo que os digo en tinieblas publicadlo desde los terrados; yo no he venido á traer la paz, sino la espada. Tome cada cual la cruz y sígame; pues el que pierda su vida para mí la salvará.»

Los doce aceptaron el programa y la tarea propuestos por el Maestro divino.

La educacion de los Apóstoles por JESÚS fue un verdadero milagro, pues humanamente no estaban preparados para entender ninguna doctrina elevada y mucho menos para enseñarla y defenderla contra esclarecidos argüidores. No obstante, pronto los ignorantes secuaces manifestaron conocer la importancia de la mision que se les confiara.

Verdad que no habiendo llegado la hora de emprender la conquista moral del mundo, y no habiendo recibido aun el espíritu de confirmacion y de fortaleza vacilan á veces, mereciendo dulces reconvenciones del Maestro; no falta quien de entre ellos niega su participacion con JESÚS en una situacion crítica, y todos menos uno le abandonan en el momento de cumplirse el mas amargo de los vaticinios; empero sus almas estaban ya alumbradas, en terminos, que cuando á causa de haber anunciado el CRISTO que su *carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida*, algunos discípulos le abandonaron; preguntados: «¿Y vosotros tambien os ireis?» «Señor, le respondió en nombre de los doce Simon Pedro, ¿á dónde iremos? ¡Vos teneis las palabras de la vida eterna!»

La Sinagoga consideraba á los «doce» como solidarios de la causa de JESÚS; por esto les perseguia igualmente que al Maestro; ellos estaban tan convencidos de que siguiéndole se esponian á participar hasta de su muerte, que cuando resuelto JESÚS á regresar á Judea, de donde se habia retirado porque querian apedrearle, Tomás ó Didimo dijo claramente á sus colegas: «Vamos tambien nosotros y muramos con él.»

Despues de la resurreccion, recibido el Espíritu Santo, encorazonados por la fortaleza divina, enriquecidos por la profusion de los sietes celestiales dones, empezó propiamente la época apostólica.

Los intereses y las doctrinas de la Iglesia estuvieron en sus manos.

VII.

Principios de la conquista apostólica.

El Espíritu Santo hizo florecer repentinamente las semillas sembradas por el Verbo encarnado en las inteligencias y en las corazonas de los Apóstoles. Jerusalem oyó el razonamiento de los improvisados oradores. Partos, medas, elamitas, moradores de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia, del Egipto, de la Libia y los romanos, los judíos, los prosélitos, los cretenses y árabes escucharon atónitos. Los que hablaban eran galileos y todos comprendian sus palabras, y esto que anunciaban cosas inauditas, misterios religiosos, superiores al alcance del paganismo.

Entre las muchedumbres admiradas no faltaron algunas voces que denostaron á los eloquentes predicadores, calificándolos de ébrios. Era la estupidez manando de la herida que en ello recibia el amor propio de los sábios. ¡Como si el don de lenguas pudiera ser fruto de la perturbacion intelectual! Entonces Pedro, á quien como mas adelante veremos estableció Dios jefe y cabeza del apostolado, tomó la palabra y pronunció el mas claro, contundente y enérgico discurso, comienzo de esta gloriosa controversia que los apologistas cristianos vienen

sosteniendo ante las múltiples objeciones formuladas por los siglos contra la santidad del misterio y la verdad de la doctrina cristiana.

Notable es que el que cincuenta días antes vaciló hasta negar su asociación con JESUCRISTO; el que varias veces mereció que el Maestro divino rectificara su modo de ver y entender las cosas del reino de los cielos; uno de los discípulos que á la humana mirada parecía menos apto para la defensa de la doctrina evangélica, inaugurara el misterio de la palabra, no con un elogio sencillo, con una apología puramente laudatoria, sino con un discurso de combate, con una defensa vigorosa, con una controversia modelo.

Las profecías antiguas confrontadas con los hechos de la reciente vida de JESÚS, la resurrección de JESÚS sentada como el fundamento de las esperanzas del mundo, el anuncio de que CRISTO es el soberano universal de los siglos, la universalidad del llamamiento de todos los hombres á la salvación fueron expresados con el calor de sobrenatural convicción: «Persuádase, decía, pues, certísimamente toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y CRISTO á este mismo JESÚS, al cual vosotros habeis crucificado (1).»

Reto valiente echado á aquel mismo pueblo que acababa de decir: «Caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos la sangre de este.» Se habia realizado, sin duda, una misteriosa transformación.

El don del Espíritu Santo era ofrecido, no solo á Israel, sino á todos, porque la promesa, decía Pedro, «es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos; para cuantos llamare á sí el Señor Dios nuestro (2).»

Los efectos de aquella primera predicación fueron admirables. De todas partes acudían á los Apóstoles preguntándoles: «Hermanos, ¿qué debemos hacer (3)?» La cosecha de conversiones prometía ser fertilísima.

El Espíritu del Señor se mostraba visiblemente en su apostolado. El vacío abierto por la defección de Judas, se habia llenado por inspiración alta, con la agregación de Matías, varón sencillo y resuelto, copartícipe de las pasadas angustias, de adhesión probada á la causa de JESÚS.

Era necesario definir los fundamentos de la doctrina que habia de esclarecer las tinieblas esparcidas sobre el mundo de las inteligencias. Las antiguas figuras debían ser explicadas con concisión y claridad. Las profecías realizadas ya, según el *consummatum est* de CRISTO agonizante; era preciso enseñar la manera cómo se habian realizado. La fe debía ser definida sin ambages, y su definición habia de ser tan ajustada á la verdad, que contra ella nada pudieran los extraordinarios esfuerzos de los genios racionalistas de aquella época y de las épocas venideras para contradecirla.

Tarea superior era aquella á los más elevados talentos. Por alto, por dominante que sea un genio, su mirada no alcanza á alcanzar sino un período reducido de historia y de porvenir. Regular una ó dos generaciones es empresa, bien que difícil, posible no obstante, dado el conocimiento de la situación, de las doctrinas y de los ánimos, y la dirección de las corrientes y de las tendencias de actualidad; empero dominar siglos lejanos, fundar un símbolo para todos los siglos posibles y afirmar con sinceridad y certeza «esta es la fe definitiva» es lo que de ninguna manera cae bajo la capacidad natural del hombre, llámese ó sea talento ó genio.

Pues esto hicieron los Apóstoles emprendiendo la redacción del *símbolo* común.

El solo intento de realizarlo revelara una fuerza de voluntad incomparable, un valor, una inspiración inconcebible en hombres vulgares, destituidos de ambición social y desconocedores del atractivo de póstuma gloria. Empero el haberlo realizado, el haber reducido á pocas líneas la sustancia de las creencias del género humano, el haber dotado al hombre de un *credo*, al que no han podido quitar, ni añadir ni siquiera un epíteto los congresos teológicos de

(1) Hechos de los Apóstoles, II.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

las edades; ¿quién negará que es un hecho prodigioso! y este prodigio de los Apóstoles, ¿no es el mayor de los prodigios? ¿no es el que mas revela la divinidad de la misión de que se dijeron revestidos? La conversión del mundo es su efecto milagroso. Los Apóstoles pudieron realmente exclamar: *por la fe obtuvimos la victoria sobre el mundo*; mas para obtenerla por la fe necesitaban poseer claramente la fe, y poder combatir con una fe completamente definida y detallada. Sentar la fe es lo que se propusieron los Apóstoles en la redacción del símbolo. Consiguiéndolo obraron el mas estupendo milagro, el gran milagro de la sabiduría divina.

«Reunidos en un mismo lugar, dice Agustín, en su tratado *De simbolo*, llenos del Espíritu Santo, los que habían de esparcirse por las varias naciones para predicar la palabra de Dios, establecieron en comun la norma de su futura predicación, á fin de que separados entre sí en el espacio, no disintieran en la enseñanza de los llamados á profesar la fe de CRISTO. Comunicándose mutuamente el plan de su predicación, expresando cada cual su sentir, acordaron la que debía ser regla invariable para los creyentes. Pocas son las palabras del símbolo, abundante son en misterios. Cuanto fue prefigurado por los patriarcas, consignado en las Escrituras, vaticinado por los profetas, así en lo relativo á Dios ingénito, ó á Dios de Dios nacido, ó al Espíritu Santo, ó á los sacramentos, ó al misterio de la muerte y resurrección del Señor, todo lo que debe confesarse se contiene con brevedad en este símbolo.»

Doce pescadores en cortísimo tiempo, sin consultar ningun sábio de la tierra, fijas las miradas á los cielos, verificaron, pues, la legislación de las inteligencias, codificaron la fe, y se levantaron con la seguridad de que con aquel símbolo iban á estender sobre el mundo la soberanía doctrinal y moral de JESUCRISTO. Y así sucedió. Y no ha sucedido en la larga serie de siglos ningun hecho á este comparable.

La tradición mas admitida es que cada uno de los doce Apóstoles formuló un artículo del símbolo. En un antiguo manuscrito, cuya publicación facilitó el ilustre conde de Montalembert, se hallan consignados por su orden los artículos del *credo* bajo el nombre del Apóstol á que respectivamente se atribuyen, precedido cada uno de ellos de un texto profético, en el que mas ó menos expresamente se contiene la doctrina del artículo.

Como documento interesante por la ilación que atestigua entre los profetas y los Apóstoles lo consignamos aquí, sin que demos mas autoridad que á la de una tradición no definida á la designación de los diversos artículos á los Apóstoles, que aparecen como sus respectivos autores.

JEREMÍAS.—Invocareis al Padre que hizo la tierra y creó los cielos (1).

PEDRO.—Creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.

DAVID.—El Señor me dijo: Tú eres mi hijo.

ANDRÉS.—Y en JESUCRISTO su único hijo, nuestro Señor.

ISAÍAS.—Hé ahí que una Virgen concebirá y parirá un hijo.

SANTIAGO EL MAYOR.—Que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de María virgen.

ZACARÍAS.—Y pondrán sus ojos en mí á quien traspasaron (2).

JUAN.—Padebió bajo el poder de Poncio Pilatos, murió y fue sepultado.

OSEAS.—¡Oh muerte! yo seré la muerte tuya—seré tu destrucción ¡infierno!

TOMÁS.—Descendió á los infiernos; resucitó al tercer día de entre los muertos.

EZEQUIEL.—Y la gloria del Dios de Israel iba sobre los querubines.

SANTIAGO EL MENOR.—Subió á los cielos, se sentó á la derecha de Dios Padre Omnipotente.

SOFONÍAS.—Y me acercaré á vosotros para juzgaros (3).

FELIPE.—Y de allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

(1) Este texto no es exacto, en vez de *Patrem invocabitis qui terram fecit, et condidit celos*, debe decir: *Patrem vocabis me... qui facit terram in fortitudine sua... et prudentia sua extendit celos*. Cap. III y X.

(2) El documento dice: *quem crucifixerunt*; el texto verdadero es: *quem confixerunt*.

(3) El documento atribuye este texto á Sophonías, empero es de Malaquías, III, 5.

JOEL.—Y... derramaré mi Espíritu sobre toda clase de hombres.

BARTOLOMÉ.—Creo en el Espíritu Santo.

MIQUEAS.—Y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán á Él (1).

MATEO.—En la santa Iglesia católica y en la comunión de los santos.

MALAQUIÁS.—Arrojará en lo profundo del mar todos nuestros pecados.

SIMON.—En la remision de los pecados.

DANIEL.—Yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré fuera de ellas (2).

TADEO.—En la resurreccion de la carne.

EZEQUIEL.—Y la muchedumbre de aquellos que duermen despertará unos para la vida eterna y otros para la ignominia (3).

MATÍAS.—Y en la vida perdurable. Así sea.

Se ha debatido y sigue todavía debatiéndose entre los filósofos la cuestion de si las ideas cristianas fueron concebidas por las antiguas escuelas. Para desvirtuar el Evangelio imaginaron algunos que Platon, siglos antes que fuera escrito, formuló la doctrina referente al Verbo, que forma el punto culminante de la enseñanza católica. Si san Juan, el águila de nuestra teología, no fue sino un discípulo de Platon, el divino Maestro viniera á la tierra para propalar los principios de la Grecia, mejor que para traernos del cielo principios de desconocida sublimidad. La índole de este escrito no nos permite entrar en esta clase de dilucidaciones. El *logos* antiguo no sufre comparacion con el Verbo evangélico, pues la afirmacion del primero dejó envueltos en nubes de incertidumbre á los que intentaron discurrir sobre él, cuando la creencia en el segundo á afirmado las almas de todos los que en su fe han sido ilustrados.

Pero prescindiendo de esto, y aun concediendo—lo que no puede concederse—que fuesen idénticas algunas ideas antiguas á otras de las formuladas por el apostolado y los evangelistas, ¿se atreverá nadie á afirmar, que el platonismo presentara todo un cuerpo de creencias religiosas, todo un sistema de teología como el que se contiene en el símbolo? Platon vislumbró algo, quizá adoctrinado por las profecías, que como acabamos de ver involucraban la doctrina del Evangelio; mas los Apóstoles lo concibieron todo y lo enseñaron todo.

El símbolo de los Apóstoles es el primer código completo de creencias que apareció, código irreformable, código único, código que por la coincidencia de su sencillez y de su sublimidad es el documento que revela mas evidentemente la divinidad de su inspiracion; el credo apostólico es sencillo y sublime como el firmamento, como el mar, como todas las obras del Verbo.

Las mas sutiles escuelas de la antigüedad no se propusieron emprender la redaccion de un símbolo religioso. Comprendieron que aquella era tarea superior á las facultades de la filosofía y que dado caso de emprenderla habia de ocasionar largos, duraderos y embarazosos debates. Los sábios habian de estudiar mucho para atreverse á dogmatizar para el porvenir.

Pues bien, lo que el Areópago de Atenas no intentó hacer, se intentó en el Cenáculo de Jerusalem. Los doce ignorantes hicieron en pocas horas lo que los siete sábios no realizaran en muchos años.

Y ¿cuándo dieron los Apóstoles el símbolo al mundo?

Cuando el mundo, sumergido en la incredulidad, habia visto naufragar el último resto de las doctrinas tradicionales.

Roma no creía en nada, porque lo adoraba todo; la fe y la moral habian descendido hasta al nivel que revelan estas palabras de Juvenal: «¡Ah! prostérnate, adora el pavimento del Capitolio, sacrifica á Juno una vaca de oro, si tienes la dicha de encontrar una mujer púdica, por que ¿cuál es el templo en donde no se prostituyan todas?» Este era el resultado del

(1) El documento lo atribuye á Miqueas, es de Daniel.

(2) Atribuido á Daniel, cuando en realidad es de Ezequiel.

(3) Atribuido por el documento á Ezequiel, siendo de Daniel.

culto del materialismo neto, practicado en el emporio de la civilizacion del antiguo mundo.

La Europa entera postrada ante símbolos de la fuerza brutal ó de las pasiones degradantes; en ninguna region de ella, de estas que el Cristianismo escogió para constituir en teatros de la esplendorosa gloria de la fe, tenia su trono la virtud acrisolada, ni su cátedra la verdad celestial. El Asia llegó á adorar á los mismos irracionales, colocando al perro á una categoría superior al hombre, sacrificando en aras del dios bestia al hombre esclavizado. La Persia habia olvidado las nociones religiosas de Zoroastro; la idea de Dios, eclipsada por las extravagancias de la mágia supersticiosa, no estaba reemplazada por ninguna idea, ni ninguna práctica que indicara el fundamento de una fe. La India, materializada como la China, obedece este precepto consignado en su libro de Kalilá, «Acuérdate del dios que ostenta diadema en la frente, pendientes en las orejas, ricos brazaletes y una bella guirnalda; él es el que mitiga tus penas, como mitiga los ardores del sol de estío el agua que brota de fresco manantial.» Inútil fuera recorrer detenidamente la tierra con el propósito de encontrar en ella una escuela formal y sólida, donde se encontraran, aunque mal definidos, los rudimentos de un verdadero símbolo religioso.

Puede decirse que bajo el punto de vista religioso, no habia en el mundo nada que restaurar, nada que reformar. No existia edificio; las ruínas eran destrozos, propiamente dichos. Reinaba el caos, era indispensable una creacion. El Verbo hizo la luz, los Apóstoles organizaron el universo moral salido de las tinieblas que se cernian sobre la faz del abismo.

Dedúcese de lo espuesto que el símbolo apostólico no fue ni la inspiracion de una determinada escuela de aquel tiempo, ni el fruto de un eclecticismo sacado de varias escuelas religiosas. Fue la obra exclusiva del Verbo adocrinador de los siglos por medio de los Apóstoles.

La obra apostólica tiene entusiastas admiradores hasta entre los filósofos que alardean independencia de criterio. En un libro notable sobre los *Orígenes del Cristianismo* Mr. Bonet emite consideraciones dignas de ser leídas aquí, donde se trata de apreciar la grandeza de la evangelizacion.

«Si despues de haber oido á la *sabiduría* misma, yo escucho, dice, los hombres extraordinarios por ella inspirados, imagino que es aquella la que todavía me habla. No me pregunto, pues, cómo unos pescadores sencillos pudieron dictar al género humano aquellos escritos códigos de moral, tan superiores á cuanto la razon habia concebido hasta entonces; escritos que esponen todos los *deberes*, que los sacan todos del verdadero manantial, que hacen de las *diferentes sociedades* diseminadas por el globo *una sola familia*, que ligan estrechamente á todos los miembros de esta familia, que encadenan esta familia con la gran *familia de las inteligencias celestiales*, que designan por Padre de ambas familias á Aquel cuya bondad abraza desde el avecilla al querubin. Reconozco que toda esta filosofia no pudo salir del fango del Jordan; que tanta luz no pudo brotar de las espesas tinieblas de la Sinagoga.

«Yo me afirmaria mas y mas en esta conviccion, si tuviera la paciencia de recorrer los escritos de los doctores de aquella fanática y orgullosa Sinagoga, y si comparara estos escritos con los de los hombres que ella persiguió con inaudito furor, á causa sin duda de las virtudes que ellos practicaban y que tanto la afligian y mortificaban...

«Vuelvo la mirada á los sábios del paganismo, abro los escritos inmortales de Platon, de Xenofonte, de Ciceron, y en realidad plázcome en reconocer en sus obras los primeros fulgores de la aurora de la razon. Empero ¡cuán débiles, confusos y vacilantes se me presentan aquellos fulgores! ¡en cuántas nubes se ven envueltos! Apenas termina la noche; el dia no comienza aun. *El que orienta desde lo alto* no aparece todavía...

«Cuanto mas estudio los sábios del paganismo, mas reconozco que no habian alcanzado la plenitud de doctrina que descubro en las obras de los *pescadores* y en las del *constructor de tiendas*. No se ve homogeneidad en las obras del paganismo, no todo es en ellos igualmente precioso, se encuentra á menudo en ellos *la perla envuelta en estiercol*; dicen cosas admira-

bles que parecen deber algo á *la inspiracion*; mas, ¡qué se yo! ellos no hablan á mi corazon como lo que me dicen los escritos de estos otros hombres que la filosofia humana no ha esclarecido. Yo encuentro en estos una uncion, una gravedad, una fuerza de sentimiento y de pensamiento, casi diré, una fuerza de nervios y de músculos, que no encuentro en los otros. ¡Cómo me persuaden aquellos! ¡es que están mas convencidos! ¡han *visto, oido, palpado!*

«Otros caracteres descubro que me parece diferencian los discípulos del *Enviado* de los de Sócrates y sobre todo de Zenon. Lo que mas me impresionó en ellos es el completo olvido de sí mismos, que no les dejaba otro sentimiento que el de la importancia y la grandeza de su objeto ni otro deseo que el del cumplimiento fiel de su destino; esta paciencia reflexiva que hace llevaderas las pruebas de la vida, no solo porque es varonil y filosófico el soportarlas, sino porque están ordenadas por la *sábía Providencia*, la cual acepta la resignacion como el mas bello homenaje; esta elevacion de pensamientos y de miras, esta fortaleza y valor que hacen al alma superior á los acontecimientos, porque la hacen superior á sí misma; esta constancia en lo verdadero y en lo bueno, porque lo bueno y lo verdadero des-cansan, no en la corriente de una opinion, sino en una *demonstracion de espíritu y de poder*; esta justa apreciacion de las cosas... mas, ¡cuán superiores son tales hombres á mis elogios! Ellos se han retratado en sus escritos; allí es donde quieren ellos ser estudiados. ¡qué paralelo podria yo trazar entre los discípulos de la *sabiduría divina* y los de la sabiduría humana!

«Los sábios del paganismo, que dijeron cosas tan bellas y que tanto dieron que pensar á sus adeptos ¿lograron quitar al pueblo ni siquiera una preocupacion, ó consiguieron derribar ni un solo ídolo? Sócrates, que yo llamaré el maestro de la *moral natural* y que fue el primer martir de la razon en el paganismo, ¿consiguió reformar el culto en Atenas ú operar la mas ligera revolucion en las costumbres de su país?

«Sin embargo, poco tiempo despues de la muerte del *Enviado*, fórmasen en oscuro rincon de la tierra una sociedad, cuya posibilidad no concibieron los sábios del paganismo. Ella se compone de hombres de la talla de Jonatás y de Epicuro. Sus miembros están estrechamente ligados por el amor fraternal y la benevolencia purísima y activísima.

No hay en ellos sino un mismo espíritu, el de su Fundador. Todos adoran al Sér supremo en espíritu y en verdad, y la religion de todos consiste en visitar los huérfanos y las viudas en sus aflicciones y en preservarse «de las impurezas de este siglo.»

«La naciente *sociedad* se fortifica, crece de dia en dia, se estiende de lugar á lugar y á medida que se establece ve caer la corrupcion, el fanatismo, la supersticion, las preocupaciones al pié de la Cruz de su Fundador. Pronto la capital del mundo se puebla de neófitos; rebosa de ellos *ingens multitudo*; inundan las grandes provincias del Imperio.»

Así habla el apologista involuntario Bonnet sobre el apostolado.

Como se ve, por un golpe supremo de la inspiracion divina, el Cenáculo se colocó á una altura inmensamente superior á las escuelas y á las academias. El género humano recibió allí su fe detallada y perfectamente definida.

Las falsas creencias que no se alarmaban por la aparicion de formas religiosas basadas en la idolatría y en la razon altiva, no tardaron en protestar contra la única fe positiva, sólida y fecunda.

La constitucion doctrinal del apostolado quedó perfeccionada con el símbolo, la constitucion personal ó jerárquica la habia establecido JESUCRISTO con admirable sencillez.

Pedro fue el elegido entre los llamados para presidir el colegio apostólico, para gobernar la nave Iglesia, para empuñar las llaves del reino de los cielos, para confirmar á los hermanos en la fe, para ser la piedra fundamental de su obra.

Es consolador poder consignar aquí que el principado de Pedro no motivó ningun síntoma de descontento, ni ninguna protesta de parte de sus condiscípulos. La voluntad del Maestro divino fue tan explícita, que no dió lugar á ninguna clase de vacilacion. Toda duda sobre este punto hubiera sido clasificada de infidelidad para la Iglesia naciente.

VIII.

Actitud del apostolado.—Primera persecucion.

Los discípulos del Señor ejercieron con prodigiosa actividad su mision evangelizadora en un circulo modesto. Jerusalem fue por algun tiempo el centro de la vida cristiana. El pontificado de las sinagogas lo desempeñaban adversarios declarados de JESÚS. Anás ó Hanan conservaba toda la influencia de su autoridad; José Caifás ó Kaiapha revistió hasta el año 36 el sacerdocio supremo. La region oficial era, pues, contraria á la propagacion de la nueva fe. Los Apóstoles debian obrar con exquisita circunspeccion, aunque con decidido celo. JESUCRISTO era cada dia confesado por nuevos adeptos, ilustrados por las conversaciones sencillas y por los grandes discursos de Pedro y de sus colegas. Al esplendor de la palabra acompañaba lo milagroso de las obras. Pedro y Juan dieron un dia agilidad y vigor á un tullido, que mendigaba en las puertas del templo, que los cristianos seguian frecuentando, y obraron el milagro en nombre de JESÚS Nazareno. La popularidad de los creyentes aumentaba. Los príncipes de los sacerdotes sentian renacer en sus pechos aquel enojo que les embraveció contra JESÚS, despues de la resurreccion de Lázaro. En medio de una de las alocuciones dirigidas al pueblo aparecen los sacerdotes con el magistrado del templo y varios saduceos, *no pudiendo sufrir que enseñasen al pueblo y predicasen en la persona de JESÚS la resurreccion de los muertos, y habiéndose apoderado de ellos, los metieron en la cárcel* (1).

Al dia siguiente se congregaron en Jerusalem los jefes y ancianos y los escribas con el pontifice Anás y Caifás y Juan y Alejandro, estos dos últimos parientes de los primeros, y haciendo comparecer á los Apóstoles, les preguntaron ¿con qué potestad ó en nombre de quién habeis hecho esta accion (2)?

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les contestó:... Ya que en este dia se nos pide razon del bien que hemos hecho á un hombre tullido, y que se quiere saber por virtud de quién ha sido curado, declaramos á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel que la curacion se ha hecho en nombre de Nuestro Señor JESUCRISTO Nazareno, á quien vosotros crucificásteis y Dios ha resucitado (3).

Profunda sensacion causaron estas enérgicas palabras de Pedro al Sanhedrin, dichas con la firmeza de quien sabia que estaba haciéndose digno de la confianza que en él depositara el divino Maestro. Vacilaron los ancianos de Israel acerca la determinacion mas conveniente. Prevaleció, por fin, el juicio de los mas templados. Los Apóstoles fueron simplemente amonestados que se abstuvieran de hablar y de enseñar en nombre de JESÚS.

Al aperebimiento del tribunal Pedro y Juan opusieron la noble protesta dictada por sus puras conciencias. «Nosotros, dijeron, no podemos menos de hablar de lo que hemos visto y oido.»

La detencion de los Apóstoles produjo malísima impresion en el ánimo de los judíos de buena fe; pues los discípulos de la nueva escuela eran cada dia mas simpáticos á la muchedumbre imparcial, sedienta de oír en las cuestiones religiosas un lenguaje mas levantado y cordial que el de los saduceos y fariseos. La libertad acordada á los detenidos alegró extraordinariamente á la parte honrada de la poblacion de Jerusalem, y sobre todo á los afiliados á la doctrina apostólica.

Realizando, pues, el deseo del Redentor, revelaban los Apóstoles á plena luz lo que aprendieron en la oscuridad. En el mismo pórtico de Salomon, en las cátedras de las sinagogas en-

(1) Hechos de los Apóstoles, iv.

(2) La curacion del paralítico.

(3) Hechos de los Apóstoles, iv.

señaban los enviados la divinidad del Crucificado en el Gólgota. Desde el primer día, á pesar de las sediciones manifiestas y de las ocultas tramas de los judíos y de las agitaciones promovidas por el populacho pagano, los Apóstoles del CRISTO, léjos de hablar como conjurados, tomaron la actitud de verdaderos predicadores; no se presentaban como á proscritos, sino como á hombres libres. El Cristianismo se desarrollaba públicamente, abiertamente.

El proselitismo era cada día mas consolador para los cristianos, mas alarmante para los judíos recalcitrantes. No era solo Jerusalem, sino las ciudades importantes y los villorrios de Judea y de Galilea y de Samaria y de las regiones limítrofes las evangelizadas. Al llegar á una ciudad los Apóstoles se presentaban el primer sábado á explicar las Escrituras en el templo, usando del derecho concedido á todos los doctores de Israel, pues la facultad de adoctrinar obtenia cierta laxitud, entonces providencial. De ella se habia aprovechado JESÚS, siendo aun niño. Las diversas interpretaciones de la ley revestian con frecuencia la forma de animada discusion, que no siempre era favorable á la disciplina y unidad del judaismo. El debate sobre las doctrinas cristianas dió animacion inusitada á las academias teológicas, como quiera que las conferencias de la divinidad de JESUCRISTO duraban sábados consecutivos.

Cuando los evangelizadores eran echados de las sinagogas, no tenian dificultad de abordar las asambleas paganas. Gracias á esta línea de conducta adoptada por Pedro y los suyos, al poco tiempo habian oido las verdades fundamentales del Cristianismo el Foro, la Agora, la Basílica, el teatro de Efeso, el Areópago de Atenas.

Con esto se aumentaba mas y mas el número de los que creian en el Señor, asi de hombres como de mujeres: de suerte que sacaban á las calles á los enfermos, poniéndolos en camillas y lechos para que, pasando Pedro, su sombra tocase por lo menos á alguno de ellos y quedasen libres de sus dolencias (1).

Jerusalem era el punto de confluencia de los dolientes, esperanzados de encontrar alivio; era la capital de los prodigios.

Alarmado con esto el príncipe de los sacerdotes y el partido saduceo, que era el mas intransigente, encarcelaron de nuevo á los Apóstoles.

Aconteció entonces que el ángel del Señor abrió por la noche de par en par las puertas de la cárcel pública. Hecho asombroso que produjo en Jerusalem una verdadera conmocion. La libertad misteriosamente obtenida agigantó la importancia de los adalides de la causa cristiana á los ojos de aquel pueblo, que, si bien maleado por la emponzoñada accion de los magnates, conservaba el instinto de salvacion como hermosa herencia de sus santas tradiciones y religiosísima historia.

Largos y animados debates tuvieron lugar á la mañana siguiente de aquella angelical liberacion. Pretendian unos llevar al extremo la persecucion, mientras otros, tomando mas prudente partido, aceptaron tambien esta vez el consejo de la moderacion y de la calma. Hemos hablado ya en otro lugar de Gamaliel, á cuyos razonamientos accedieron, no sin cierta pesadumbre, sus compañeros de Senado.

Temiendo un tumulto popular, los emisarios del concilio sacerdotal condujeron con todo miramiento los Apóstoles á la presencia del sumo sacerdote y de los principales escribas: *Nosotros, les dijeron, os tentamos prohibido, con mandato formal, que enseñáseis en ese nombre; y en vez de obedecer, habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina y quereis hacernos responsables á nosotros de la sangre de ese Hombre (2).*

La osadía y el temor se reflejan en estas palabras del concilio judaico. Notable es el propósito de eludir la responsabilidad de la muerte de JESÚS.

Es que la Sinagoga empezaba á medir toda la gravedad del crimen perpetrado y la importancia de aquella crucifixion, con la cual pretendieron ahogar el germen de la Iglesia.

Pedro contestó en su nombre y en el de los Apóstoles: *Es necesario obedecer á Dios antes*

(1) Hechos de los Apóstoles, v.

(2) Ibid.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Este es el primer tomo de la obra, que comprende la historia de España desde su origen hasta el reinado de los Reyes Católicos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Esta es la primera historia general de Francia, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Esta es la primera obra que describe la vuelta por España, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

EL REMORDIMIENTO O LA TURBA DE LA CONCIENCIA

Esta es la primera obra que describe el remordimiento, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

ILUSTRACION RELIGIOSA - LAS MISERIAS CATORCENARIAS

Esta es la primera obra que describe las miserias catorcenas, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

GALERIA CATOLICA

Esta es la primera obra que describe la galería católica, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

VOCES PROFETICAS

Esta es la primera obra que describe las voces proféticas, que se publica en 12 tomos. El precio de cada tomo es de 5 rs. en la tienda de la calle de San Mateo, número 12. En las librerías de Madrid y en las de provincias se venden al precio de 6 rs. 50 céntimos. La obra se publica en 12 tomos, que se completarán en el mes de mayo de 1845.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletin semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.